

LA ESTANFLACION

EL ESTANCAMIENTO CON INFLACION

Emilio MÚJICA

«*High level creeping stagnation*» —algo así como un lento estancamiento reptante en alto nivel— fue el término empleado por Paul M. Sweezy hace ya quince años, para caracterizar la situación imperante en la economía de los Estados Unidos.

Pocos años más tarde se acuñaría el término «*stag-flation*» —estancamiento con inflación o estancamiento inflacionario— para denotar el estado en que se encuentra la economía yanqui.

Ambos términos simplemente indican etapas de un mismo fenómeno, que en su forma más general es la evolución reciente del sistema económico monopolista del imperialismo norteamericano.

A su vez, el fondo de todo el problema lo podemos encontrar en la incapacidad que ese sistema tiene para absorber la totalidad del excedente económico que podría generar si utilizara todo su potencial productivo. Y dicha imposibilidad de absorción tiene dos expresiones muy claras: el desempleo creciente y la existencia de capacidad ociosa.

Tal vez unos breves antecedentes sean necesarios para explicarnos esta situación.

Lejanos están ya los tiempos de la euforia inherente al crecimiento acelerado de los primeros años del decenio de los cincuenta, independientemente de las interrupciones sufridas durante ese crecimiento.

Y es que el sistema económico capitalista no puede crecer sin interrupciones. El ciclo económico ha sido «la forma de crecimiento del sistema», como eufemísticamente lo llamaron los economistas apologeticos. Incluso el célebre J. M. Keynes escribió: *a mi modo de ver, lo mejor es considerar que el ciclo económico se debe a un cambio cíclico en la eficiencia marginal del capital, aunque acompañado y frecuentemente agravado por modificaciones que acompañan a las otras variables importantes del periodo breve del sistema económico.*

En efecto, siendo la ganancia el motor del capitalismo, pocas dudas puede haber sobre si ésta se ve afectada cuando surgen perturbaciones en el «equilibrio» y en el crecimiento del sistema. Sin embargo, la paradoja —más aparente que real— es que hoy día se habla de crisis cuando las utilidades de las grandes corporaciones se han elevado considerablemente.

Hay que contemplar el fenómeno en su perspectiva histórica. Por ejemplo, al término de la Segunda Guerra Mundial, la existencia de una enorme demanda diferida de bienes de consumo durable (cuya producción se paralizó durante el conflicto), la falta de renovación del capital básico (puesto que el nivel de la inversión en maquinaria y equipo fue menor de 1930 a 1940 con respecto al de 1920-29), junto con la utilización a su plena capacidad durante la guerra —con el desgaste, depreciación y obsolescencia consiguientes— determinaron las condiciones para un rápido crecimiento de la actividad económica.

El acelerado crecimiento se muestra tan sólo en un aspecto medular: la acumulación de capital en EUA de 1946 a 1955 representó el cincuenta por ciento del monto invertido de 1900 a 1945, a precios constantes. Durante esos diez años, fue notable la agudización en el grado de concentración del capital, es decir, en el robustecimiento monopolista.

Sin embargo, dentro de ese proceso de crecimiento, en noviembre de 1948 se presentó el primer descenso cíclico de posguerra, que se prolongó durante once meses. Sus características fueron las típicas: baja en la producción industrial y en la inversión del capital básico; aumento del desempleo y una ligera reducción en el índice general de precios. Hubo ramas que durante el receso lograron in-

crecimiento: la construcción de viviendas y, sobre todo, la industria automotriz. Por cierto que se estima que estas dos actividades junto con los gastos gubernamentales, representan un tercio del producto bruto de EUA y, por ello, tienen un papel clave en la política económica de ese país.

Aunque la magnitud del descenso fue relativamente reducida, con este fenómeno se restableció claramente el funcionamiento cíclico de la economía norteamericana. Era ya, sin embargo, un ciclo modificado, particularmente por los elevados gastos militares y por el grado de monopolio, sin que la contradicción fundamental del sistema (apropiación privada frente al carácter social de la producción) se haya logrado superar.

En junio de 1950 tiene lugar la intervención armada en Corea, que se prolonga hasta marzo de 1953. En abril de ese mismo año llega a su máximo el nuevo crecimiento cíclico. Aparece un nuevo descenso que se extiende trece meses. La siguiente expansión abarca hasta agosto de 1957, cuando cae nuevamente la actividad. El receso llega hasta abril de 1958. El máximo siguiente se alcanza en abril de 1960; el mínimo en febrero de 1961; el nuevo punto máximo se registra en agosto de 1962; bajas en 1963, 1967, 1970.

Cabe destacar que dentro de esas fluctuaciones, las ventas de las 500 grandes corporaciones industriales, cuyo monto total absorbe alrededor del 42 por ciento del producto bruto interno, de 1955 a la fecha sólo disminuyeron en forma absoluta durante el receso de 1958, cuando decrecieron el 4.6 por ciento. La tasa media de aumento de sus ventas en los últimos 19 años fue del 8.7 por ciento y sólo tuvieron magnitudes menores a dicho promedio en los recesos señalados de 1963, 1967 y 1970. Lo anterior es un claro índice de la capacidad de resistencia de las corporaciones gigantes que dominan la producción y el mercado en forma monopolística.

Por su parte, el desempleo es una constante estructural del sistema capitalista. Conforme a las cifras oficiales —generalmente subestimadas con respecto a la realidad— la menor proporción de desocupados se registró en 1953 cuando éstos representaron sólo el 2.9 por ciento de la fuerza de trabajo civil. De ese año hasta 1973, la desocupación fluctuó entre el 3 y el 6 por ciento de la fuerza de trabajo, moviéndose en relación directa al ritmo de la actividad económica. En cambio, en marzo de 1975 la desocupación —según las cifras oficiales— se elevó hasta el 8.7 por ciento de la fuerza de trabajo (7 980 000 personas) que es la mayor registrada desde

1941. Un año antes, en marzo de 1974, el desempleo era del 4.6 por ciento; en agosto de 1974 se había elevado al 5.4 por ciento; y tan sólo en el mes de marzo último el número de gentes sin trabajo creció en 496 000.

Es bien conocido que la productividad del trabajo ha sido creciente y que bajo las condiciones de monopolio que prevalecen hoy, la maximización de las ganancias significa la minimización de los empleos.

Las unidades monopólicas tienden siempre a la adquisición de las utilidades máximas y al logro de la mayor acumulación de capital que les permita crecer con rapidez. En el capitalismo monopolista existe una tendencia creciente del excedente económico. Las grandes empresas emplean formas de competencia que comprenden una fuerte publicidad para incrementar sus ventas en esta llamada sociedad de consumo y procurando la mayor eficiencia posible en su funcionamiento. Es decir, tratan de reducir costos y aumentar las ventas.

Pero —y volvemos al principio— el problema es la absorción o la utilización del excedente que se puede producir. Concretamente, si determinado excedente no puede ser absorbido, éste no será producido. Esto quiere decir que si la capacidad de producir excedente es mayor a la capacidad de consumirlo, el resultado se expresará en desempleo y en capacidad ociosa. El consumo y la inversión tendrían que ser mucho mayores para dar salida a todo lo proveniente del empleo pleno de la capacidad instalada. Por ello ha sido normal que la industria trabaje al 80 por ciento de su capacidad productiva.

Habitualmente se han considerado diversos factores que configuran la llamada inversión autónoma y su posible crecimiento, tales como el aumento de la población, los cambios tecnológicos y las inversiones en el exterior.

El primero es un factor subordinado; es un efecto, a su vez, de fuertes inversiones relacionadas con el hombre y no constituye una causa, aunque obviamente sea un factor potencial para aumentar la absorción de excedente.

La tecnología la regula la gran empresa. Puede ser financiada con los fondos que la firma separa de las ventas corrientes para la reposición de bienes de capital (fondos de depreciación). Prácticamente determina la forma de reinversión que toma el capital, en vez de fijar la cantidad de la nueva inversión.

Por su parte, la inversión en el exterior ha sido una forma de extraer excedente de los países subdesarrollados y restarles poder de capitalización por parte de las metrópolis imperialistas.

Por ello, las expresiones más dañinas de la absorción del excedente se encuentran en los gastos militares y en las permanentes agresiones imperialistas en todo el mundo. La publicidad es otra vía favorita de utilizar el excedente.

La gran empresa manipula y controla el mercado. Tiene capacidad de resistir las fluctuaciones y los precios los fija a su conveniencia. La guerra de precios pasó a la historia como forma de competencia. Hoy día jamás bajan los precios. Puede reducirse la producción, elevarse el desempleo, pero los precios no bajan. Al contrario, en los dos últimos años su tasa de incremento fue mayor en tres veces, a su promedio de años anteriores. Aquí están los exponentes del estancamiento con inflación.

Existe una incapacidad «congénita» del capitalismo monopolista para absorber el excedente general. Dicha incapacidad —insistimos— significa mayor desempleo y un desaprovechamiento de la planta productiva, lo que agrava el estancamiento económico.

Es obvio que el propio sistema ha dispuesto de «contrafuerzas» para evitar el derrumbe. Las tendencias hacia el estancamiento y las fuerzas contrarias se han entrelazado para producir cierta forma de sociedad, cierta forma de marco político y cierto tipo de cultura, que escapa a estos comentarios.

Sólo queremos mencionar que aquella paradoja de que «mientras más cara la guerra limitada, más costeable», parece haber llegado a su fin; que el creciente déficit gubernamental y de la balanza de pagos norteamericana también llegaron a un punto crítico; que la feroz competencia entre la Europa Occidental capitalista, el Japón y los Estados Unidos condujo a situaciones que aisladamente no encuentran salida; que las devaluaciones del dólar, su inconvertibilidad en oro, la especulación con éste para elevar su precio tras el drenaje de las reservas norteamericanas, no han dado a los yanquis los resultados esperados; que la solidaridad de los países productores de petróleo introdujo elementos que hace muy poco tiempo no se prevenían, independientemente de que haya contribuido a incrementar las ganancias de las compañías petroleras yanquis; y que las luchas de liberación de los pueblos oprimidos y la consolidación del mundo socialista, abren el único camino para un mundo en el que pueda realizarse con plenitud el ser humano.